

El testamento del tío Mario.

Desde que se enfermó gravemente el tío Mario, todo fue un tablero de comando. Cada uno de los clanes familiares repartió su porción, desgarrando imaginariamente el abultado patrimonio. Algunos soñaban con los depósitos en el exterior. Otros con manejar la exitosa empresa y todos con la increíble casa en el country. Estilo mediterránea, de un soñado color salmón, pegada al campo de golf y enfrente de la laguna principal. Tenía un jacuzzi al aire libre con horizonte infinito y una pileta celestial. Cuentan que, cada mañana, Mario les daba el desayuno a todos los patos que se acercaban al muelle. Obviamente, ya varios se veían en esa enternecedora postal. Al que nadie quería en la repartija, era al perro Arnold. Un insoportable Golden que no paraba de saltar y de morder absolutamente todo lo que tenía algún tipo de forma. Pero seguramente estaría en el paquete.

El 32 de febrero de un año cualquiera, ocurrió lo imaginable y Mario dejó este mundo para llegar mucho más lejos. A partir de ahí, la ansiedad testamentaria creció incansablemente, elevando las constantes fricciones familiares. Como si el olor a botín hubiera elevado la parte más visceral de cada uno de los bandos. Trámites, gestiones, estudio de abogados y algunos otros ingredientes, sirvieron para llegar al objetivo. Meses después, la fecha cumbre de la apertura del testamento, apareció iluminando las agendas de todos los implicados.

Una mañana soleada, un salón bastante pequeño y una concurrida lista de invitados confeccionada por el propio Mario, era los ingredientes que acompañaban la esperada reunión.

El joven abogado pidió nuevamente silencio. Abrió lentamente el sobre lacrado, sacó una sola hoja de su interior y empezó a leer el texto con voz pausada:

“Buceando alguna Vía Láctea de aquel espacio exterior, el hombre siempre intentó inconscientemente, descubrir donde quedaba el cielo. Desentrañar sus misterios, charlar con los ángeles, recibir explicaciones. De qué, todavía no sabe, pero de alguna manera la respuesta total, la que parece explicar todo, siempre estuvo en el cielo.

Cuando su cuerpo está inserto en su mundo de conflictos, naturalmente mira para abajo, para el centro de su pecho buscando soluciones. Cuando está entusiasmado, feliz y agradecido, automáticamente su cabeza se levanta para poder inspirarse aún más, en el majestuoso techo de la creación.

Algunos van por la vida dichosos, como si por alguna extraña magia, su corazón ha logrado desentrañar alguno de esos secretos. Ellos lo disfrutaban en su historia cotidiana, algunos lo llaman fe. Otros autoestima elevada y otros, suerte. Creer fehacientemente que no estamos solos, que somos hijos de alguien increíblemente más poderoso y sentir su protección, es el sostén que experimenta cualquier niño de jardín, cuando ve a sus padres esperándolo todos los días en la puerta del colegio.

Algunos no encontraron el sentido, el acorde que conmueva el oído de su espíritu. No encontraron en su caja de herramientas horizontes que los hagan sentir realmente plenos, dichosos, eufóricos por la alegría de levantarse cada bendita mañana. Quizás pusieron el foco de su cabeza en el llenarse de objetos, pero cuando los logran, encuentran que no hay mucho que regalar en el fondo de su corazón.

¿Y si esto fuera todo una gran mentira? Pensar que somos almas, espíritus, energías que estamos atravesando una experiencia humana, tal como nos enseñaron todos los que vinieron en nombre de Él.

Si estamos hechos a su imagen y semejanza, sería muy lógico que así fuera. Somos almas de Dios, atravesando una experiencia humana. Con todos sus regocijos, dolores y miserias. Una gran escuela vivencial de diferentes momentos, cada uno con una enseñanza nueva.

¿Qué aprendiste hoy? , le preguntaba el papá de un amigo cada vez que volvía del colegio. ¿Qué aprendiste hoy? Te podría preguntar Dios, todos y cada uno de los días de tu vida. ¿Qué te enseñó cada persona que te cruzaste? ¿Qué le aportaste a cada persona que te cruzaste? Le inspiraste una sonrisa, una esperanza, una razón mas para que justifique lo fantástico de estar aquí en la tierra o por el contrario, repartiste preocupaciones, distancia y razones para angustiar a quienes te soportan...

¿Qué generas en los demás? Atención para que te contengan, te escuchen y te compadezcan o repartís pedacitos de luz, para que cada uno encienda su fuego sagrado, ilumine sus rincones oscuros y se sienta acompañado en sus inviernos. Repartir pedacitos de luz, es lo único que te van a pedir al final del camino.

Quizás el paso por estas tierras sea breve. Quizás sea menos del que te imaginas. No importa tu tiempo aquí. Importa tu poder de inspiración. Importa lo que dejes en los demás. Ninguna semilla aporta nada en el puño de tu mano. Ninguna semilla se va a escapar sola para generar flores sagradas.

Plantar, cuidar, respetar, regar....para que todo vuelva a empezar cada mañana.

Y para ser congruente con mi pensamiento, me encargué de donar todos mis innecesarios bienes de la siguiente manera. El 30% de los mismos, según tienen mis abogados, a las personas nobles que han trabajado junto a mí en todos estos años; ya sea en mi empresa, como mis empleados personales y el 70% restante, a la fundación Probar. Ellos asisten a niños internados con enfermedades prolongadas y de vez en cuando, necesitan alguna sonrisa.

Este es mi gran legado, mi famoso testamento. Espero que quienes lo hayan esperado tanto, usen esta enseñanza para el resto de sus vidas. Es mejor darles esta lección, que repartirles unos papeles pintados. Por otra parte, quienes no se imaginaban nada de esto, que lo disfruten. Es la única forma que encontré para retribuirles, todo mi agradecimiento por tantos años juntos de abnegada labor.

Los quiere mucho y nos vemos pronto...

El tío Mario.

La sala quedó en silencio. Como si un discurso en un idioma inentendible hubiese sido expuesto allí. De algún modo, era un idioma inentendible para muchos de aquellos parientes con un dólar pegado en la frente. Nadie sabía que decir, ni quería ser el primero en opinar.

- Qué viejo loco....susurró Mabel.
- Que viejo de mierda! ... subió la apuesta su marido. Querer darnos sermones a esta altura. ¡ Un demente!. Y dio un fuerte golpe a la mesa para que su furia quedara resonando en el viciado aire.

Un tímido aplauso, empezó a escucharse lentamente. Al principio parecía un apoyo a la bronca que se respiraba en el ambiente, pero no era así.

- “Viva el tío Mario..” gritaron desde el fondo...” Genio!”

Tibiamente y en ascenso se fueron sumando aplausos. Cada vez más fuertes, como si el sonido generado tuviera forma de respeto, de admiración. Para los que no aplaudían, la situación era tragicómica. Para llegar a abrir este testamento habían pasado un gran número de meses, de expectativas y de preparar el ego, para tamaño momento. Quizás para refregarle a los otros, que su porción era mejor.

- ¿Y estos qué carajo aplauden? Refunfuño la decadente Mabel, que seguía sin asumir que el salvavidas del testamento no era para ella..
- ¡Todo me pasa a mí! Gritaba otro sobrino recontra lejano, con extrañas pretensiones quebradas.
- ¿No lo habrán drogado? Pregunto la noventosa tía Antonia, con voz de seria preocupación...

- Y eso que yo fui a verlo al sanatorio...opinó el hermano del difunto, curiosamente reaparecido en este último tiempo.

Pero quienes aplaudían también eran familiares. Esos que estaban cansados de que las peleas por plata fueran el único vínculo familiar existente. También aplaudían los más jóvenes, que admiraban al tío Mario por ser un rompe reglas, y esta era una última demostración de todo su histrionismo.

Pero también había otras personas que aplaudían. También familiares, pero no de esta ostentosa familia, sino de las otras, las que tenían a sus hijos internados y habían venido en respuesta una misteriosa invitación. Sin dudas sus sensaciones eran encontradas. Decepcionados por algunas reacciones, agradecidos con el gesto y ocultando el dolor del alma, de tener que estar en un lugar que nunca hubieran elegido.

También aplaudían emocionadas las personas que habían trabajado con él, y sabían que esto era un real reflejo de sus pensamientos, pero nunca creyeron que iba a lograr plasmarlo realmente en los hechos, como tanta otra gente.

Aquellos que suponían que ese testamento fuera confeccionado de acuerdo a sus reglas, estaban enfurecidos. ¿Cómo podía ser? Lo que olvidaron que el Tío Mario tenía las suyas, y en este caso son las únicas que valen.

Una mañana soleada, un salón pequeño y una concurrida lista de invitados. Defraudados los que esperaban mucho y agradecidos los que no esperaban nada.

Como la vida misma...